

Orígenes del feminismo en el Ecuador

Antología

Ana María Goetschel, compiladora



SECRETARÍA DE
DESARROLLO Y
EQUIDAD SOCIAL

QUITO
Alcaldía Metropolitana



© De la presente edición:

Consejo Nacional de las Mujeres, CONAMU

Serie: Recuperación de la memoria histórica
de las mujeres. No.1

Pasaje Donoso N. 32-33 y Whimper

Quito - Ecuador

Telf.: (593-2) 2561 472 / 2561 446

Fax: (593-2) 2901821 ext 101

www.conamu.gov.ec

FLACSO, Sede Ecuador

La Pradera E7-174 y Diego de Almagro

Quito - Ecuador

Telf.: (593-2-) 323 8888

Fax: (593-2) 3237960

www.flacso.org.ec

**COMISIÓN DE GÉNERO Y
EQUIDAD SOCIAL DEL MDMQ**

**SECRETARIA DE DESARROLLO Y
EQUIDAD SOCIAL DEL MDMQ**

Palacio Municipal, 3er piso.

Quito - Ecuador

Teléfono: 2288163 / 2954416

sges-mdmq@quito.gov.ec

**Fondo de Desarrollo de
las Naciones Unidas para la Mujer**

UNIFEM - Región Andina

Av. Amazonas 2889 y La Granja

Quito - Ecuador

Telf.: (593-2-) 246-0332

Fax: (593-2) 246-0328

www.unifemandina.org

ISBN: 9978-67-115-3

Cuidado de la edición: María Pessina

Diseño de portada e interiores: Antonio Mena

Imprenta: Rispergraf

Quito, Ecuador, 2006

1ª. edición: agosto, 2006

Índice

Presentación	11
Estudio introductorio	13
<i>Ana María Goetschel</i>	
EL RECLAMO DE LA VOZ	
Necrología	59
<i>Dolores Veintemilla de Galindo</i>	
Al Público	61
<i>Dolores Veintemilla de Galindo</i>	
Madame Roland	63
<i>Marietta de Veintemilla</i>	
EL FEMINISMO	
Nuestro ideal	73
<i>Zoila Ugarte de Landívar</i>	
La mujer	77
<i>Josefina Veintemilla</i>	
¿Feminismo?	81
<i>Adelaida Velasco Galdós</i>	
Honor al feminismo	85
<i>Victoria Vásquez Cuví</i>	
Cómo se juzga al feminismo verdadero	93
<i>Zoila Rendón de Mosquera</i>	

Estado jurídico de la mujer casada, seducción a las solteras, sus consecuencias	97
<i>Zoila Rendón de Mosquera</i>	
La mujer en los diversos organismos humanos	103
<i>Zoila Rendón de Mosquera</i>	
Discurso en la velada del centro “Cultura y Renovación”	111
<i>María Angélica Idrobo</i>	
El problema feminista en el Ecuador	115
<i>María Esther Martínez Mactas</i>	
Comentarios feministas	121
<i>Alicia Jaramillo</i>	
Temas sobre feminismo	123
<i>Rosa Borja de Icaza</i>	

LAS MUJERES Y LA PAZ

Mensaje de paz	131
<i>María Guillermina García Ortiz</i>	
Mensaje de una dama peruana a las mujeres ecuatorianas	133
<i>Zoila Ugarte de Landívar</i>	
Paz en la Tierra	141
<i>Piedad Larrea Borja</i>	

LAS MUJERES Y LA POLÍTICA

Clarinadas	153
<i>Rosa Marga</i>	
Luchar para triunfar	155
<i>Angelina de la Barca</i>	
La mujer entró en la lucha	159
<i>Rosa Marga</i>	

La mujer y sus derechos	161
<i>Sor Marisa</i>	
¡15 de noviembre!	163
<i>Angelina de la Barca</i>	
Rebeldía	165
<i>Morayma Ofyr Carvajal</i>	
La mujer y su derecho a votar	167
<i>Hipatia Cárdenas de Bustamante</i>	
El voto femenino y la suficiencia de los hombres	169
<i>Hipatia Cárdenas de Bustamante</i>	
La mujer y la política	171
<i>Hipatia Cárdenas de Bustamante</i>	
La mujer y el sufragio	173
<i>María Esther Martínez Macías</i>	
Se reunió ayer la Asamblea de Mujeres Ecuatorianas (AFE)	181
<i>Diario El Día</i>	
Mensaje a las madres ecuatorianas	185
<i>Nela Martínez</i>	
Entrevista Dolores Cacuango	189
Entrevista a Tránsito Amaguaña	201
 FEMINISMO CÍVICO	
Agosto Sagrado	221
<i>Rosaura Emelia Galarza</i>	
Al Ecuador	223
<i>Dolores Sucre</i>	
La mujer en la Independencia	225
<i>Zoila Ugarte de Landívar</i>	

La Hija de la Patria	229
<i>Lucinda Pazos</i>	
Doña Manuela Cañizares	231
<i>Dioselina Lemos R.</i>	
Biografía de la mujer en el Ecuador	235
<i>Piedad Larrea Borja</i>	
Supervivencia del ideal boliviariano	263
<i>María Esther Cevallos de Andrade Coello</i>	
Elogio a Manuelita Sáenz	269
<i>Raquel Verdesoto de Romo Dávila</i>	

LAS MUJERES Y LA EDUCACIÓN

Consejo a una señorita	285
<i>Dolores Sucre</i>	
Anhelos	287
<i>Isabel Donoso de Espinel</i>	
Virtudes y vicios femeninos	291
<i>Lastenia Larriva de Llona</i>	
¡Fiat Lux!	293
<i>Zoila Ugarte de Landívar</i>	
El deber de la mujer	297
<i>Matilde Hidalgo</i>	
Educación de la mujer	299
<i>Rosa Andrade Coello</i>	
Actividades domésticas y sociales de la mujer	303
<i>Victoria Vásconez Cuvi</i>	
Cultura femenina	309
<i>Blanca Martínez de Tinajero</i>	

Educación de la mujer 311
Alicia Jaramillo

La mujer en el pasado y en el presente 313
Dora L. Mosquera

**Hacia una nueva educación secundaria
femenina en el Ecuador** 317
María Angélica Carrillo

LAS MUJERES Y EL TRABAJO

Aspiraciones 321
Zoila Ugarte de Landívar

Seamos una 327
Clara Aurora de Freire

Actividades domésticas y sociales de la mujer 329
Victoria Vásquez Cuvi

Discurso 337
Dina Rosalía Salazar J.

La mujer trabajadora en la vida social 343
Aurora Estrada y Ayala de Ramírez Pérez

Madame Roland¹

Marietta de Veintemilla

Entre las muchas mujeres que se singularizaron en Francia durante la gran revolución que comenzó con la reunión de los Estados Generales en 1789, ninguna es, a mi juicio, digna de mayor estudio que Madame Roland, por ser esta mujer un tipo originalísimo que no reconoce igual en los tiempos antiguos ni modernos, dadas las circunstancias en que se halló, y por las mismas varoniles exigencias de su carácter.

Los lineamientos de esta hermosa figura correspondían a un gran artista; pero el entusiasmo supliendo a la falta de luces y habilidad, presta fuerzas para emprender el presente trabajo sobre Madame Roland, tendiente no a glorificarla, porque de ello no necesita, sino a buscar los resortes de la ambición de un alma tan grande como la suya.

Conmovedor en extremo es penetrar en ese laberinto de la Revolución Francesa, donde raros son los espíritus sedientos de impresiones, que no se han extraviado alguna vez, ya siguiendo con excesiva piedad a las víctimas, ya enardeciéndose con las declamaciones exageradas de los verdugos. La impresión general que resulta de los hechos verificados en Francia durante aquel sacudimiento enorme, sin precedente en la Historia, es una impresión dolorosa, aunque seamos amantes de la libertad y profesemos el mismo credo político de los revolucionarios, porque la verdadera libertad es hermana de la justicia, y la justicia fue mil veces hollada en esa larga lucha emprendida a nombre de la libertad.

Un siglo ha transcurrido desde aquella memorable revolución, y en el flujo y reflujo de la democracia vemos asomar todavía las ensangrenadas cabezas de Dantón y de Luis XVI, interrogando al mundo si fue necesario morir como ellos en el cadalso para que continuaran los hom-

1 *Revista de la Sociedad Jurídico Literaria*, No. 24, Quito, (1904), pp. 356-363.

bres odiándose por la desigualdad fatal de su cuna, y para que jamás pueda resolverse el problema de la igualdad para todos, siquiera en lo material del abrigo y del alimento. Apartándome de un estudio filosófico-social, al que se presta la materia, fijaré mi atención, por hoy, únicamente en la *Gironda*, la más florida rama del árbol de la Revolución, donde aparece Madame Roland, como el más fragante y más bello de los brotes que acarició un momento el aura de la libertad.

En un círculo de hombres de talento como Vergniaud, Condorcet, Isnard, Fauchet y Sillery; de grandes caracteres como Brissot, Barbaroux, Gensonné, Lasource y Lacaze, tenía que sobresalir Madame Roland por algo muy superior a la belleza física, y que no le perdonaron sus enemigos ni en el patíbulo. Era un ser extraordinario venido al mundo a probar que los ideales de la justicia y el bien común, caben dentro del cerebro de una mujer, de igual manera que en el del hombre, cuando aquella se nutre desde la infancia con severas doctrinas; y cediendo a los impulsos de una especial organización, ejercita sus facultades en el campo de la política.

No es esto desconocer los verdaderos destinos de la mujer en el mundo. Si ella no se dedicase más que a tareas que repugnan de un modo natural a su sexo, vendría pronto a convertirse en una calamidad. No: la mujer no debe apartarse del camino que le trazó la naturaleza. Pero hay que respetar los designios de esa misma naturaleza, cuando diferencia sus obras hasta el punto de presentarnos a Madame Roland bajo la propia delicada envoltura de Santa Catalina de Sena. Ni la santa, ni la heroína pudieron sustraerse a los dictados de su corazón, formado el uno para los dulcísimos arrobos del cristianismo, formado el otro para moverse al arrebatador impulso de las ideas.

¿Por qué reprochar ciegamente a la mujer que se siente con el alma bastante enérgica para afrontar una situación semejante a la que dominó Madame Roland? Esta noble figura de la Revolución francesa, se elevará siempre como una prueba de que el espíritu no se conforma a las circunscripciones de la materia, y que para elevarse muy alto no necesita los músculos vigorosos que ostenta el hombre. Propio es, sin embargo, de la vanidad masculina, negar en lo absoluto a la mujer ciertas cualidades, y varón hay que se cree de buena fe superior a la Roland, a la Stäel, o a la

Gertrudis Gómez de Avellaneda, sólo porque levanta un peso de doscientas libras y está dispuesto a dejarse matar en cualquier lance.

La animosa dama que reunía en su casa a los más grandes talentos de la Asamblea de 1789, había sido convenientemente educada para la lucha. Hablaba como un filósofo de moral y sociología; discurría como un sabio sobre la aplicación de las ciencias, y expresaba sus pensamientos con la claridad y método de un tribuno. Los amigos que la rodeaban no eran por cierto unos caballeretes ridículos armados de presunción y de galantería; eran los grandes hombres que se habían propuesto salvar a la Francia y los primeros también que quisieron adaptarla al molde de la República.

Joven y de extraordinaria belleza, no podía librarse de los ataques de la maledicencia de realistas y jacobinos, pero triunfó la verdad y brilla hoy su nombre en los anales de la Revolución entre los mártires impecables. Como en la región de las nieves no pueden alentar los gusanos, en el alma de una Roland, de una mujer noblemente ambiciosa es difícil que se desarrollen las pasiones vulgares, que entregan sin defensa a media parte de la humanidad en los brazos de la otra media. Pasiones hay que viven en el ser humano a expensas de las demás pasiones, y el orgullo es un cuervo que acaba a picotazos con el traidor afecto, aunque éste se le presente con la inocencia y blancura de una paloma.

El papel de Madame Roland no fue tampoco el de una intrigante. Llevó a su esposo al Ministerio, no con el ardid palaciego que tanto le repugnaba, como republicana de corazón, sino con el valor impositivo de la *Gironda*, sobre la entonces vacilante política del monarca.

Allí, en el Ministerio desplegó Madame Roland las cualidades extraordinarias de que estaba dotada por la naturaleza, y que habían sido robustecidas por el estudio. Los más arduos asuntos de Estado los resolvía ella, ante un pupitre, frente a su esposo, que siendo hombre de notable capacidad, cedía, sin embargo, al penetrante golpe de vista y finas observaciones que distinguían a esta dama llamada con mucha razón por sus coetáneos, el alma de la Gironda. Documentos importantísimos brotaron de la pluma de Madame Roland; documentos oficiales cuya concisión enérgica, y notable elevación de estilo, acusan a un gran pensador, que no a una mujer consagrada simplemente a las letras.

La famosa carta a Luis XVI, leída por el Ministro girondino en la Asamblea, y que hizo el efecto de un cañonazo contra la monarquía, obra fue de Madame Roland, que ardía entonces con todas las indignaciones de que era susceptible quien amaba como ella la libertad y creía verla en peligro por las ocultas maquinaciones de la corte francesa con los austriacos.

En ese documento quizá como en ningún otro, palpita el corazón altivo de la Roland. En esa hoja que voló hasta los últimos confines de su patria, vése el espíritu de la Francia revolucionaria rompiendo como el sol entre nubes, para anunciar al monarca que su poder no es tan grande y que un pueblo tiene derecho de pedirle estrecha cuenta, cada vez que se juzga amenazado en sus intereses de orden primario.

Tuvo María Antonieta en Madame Roland una formidable enemiga, en tanto que aquella despedía desde Trianón y Versalles, los fulgores del poderío y de la riqueza. Ambas reinaban, pero en diversa corte. María Antonieta con el cetro de la galantería mostraba a sus pies una aristocracia satisfecha de prodigarle incienso y acompañarla en sus recepciones solemnes, aparatosas; Madame Roland, con el prestigio de su talento, se hacía obedecer de los hombres más altivos que tenía entonces la Asamblea, y en su casa, que no era por cierto un palacio como el de las Tullerías, se celebraban modestamente los primeros triunfos de la democracia. La austera dama; educada en la contemplación de los grandes caracteres antiguos, y que hizo de la república el ideal de toda su vida, no podía sin embargo soportar el orgullo de una princesa, que le recordaba como nadie la servidumbre, por el fausto con que se presentaba en dorada carroza, cuando gemían en la miseria millones de hombres en el territorio de Francia.

Las hirientes, despreciativas alusiones que alguna vez hizo la esposa de Luis XVI contra los girondinos y su natural aliada, fortalecieron esta antipatía que iba acercándolas, por diverso camino, al suplicio. Aquellas dos cabezas jóvenes, de soberana hermosura, que se contemplaron de lejos, sin sospechar su común destino, habríanse acercado tal vez hasta besándose con amor, a tener conocimiento de que una misma cuchilla iba a dividir las, bien pronto, para mengua del trono y de la República.

¡Qué decepciones y qué contrastes guarda el destino, a veces, para los racionales de orden más elevado!

La reina de Francia y la sacerdotisa de la *Gironda*, mujeres ambas nacidas para brillar en primera línea, no pudieron sospechar en los albores de su poder, que sería un cadalso el término de su vida. Preciso es recordar, no obstante, en honor de su sexo y de sus tan contrarios principios, que murieron con estoicismo, y que la altivez de raza en María Antonieta, obró el prodigio de la convicción en Madame Roland, subiendo a la guillotina con la misma sonrisa de desprecio en los labios, si no con igual sentimiento de orgullo en el corazón.

El tipo de la republicana es, sin embargo, superior en mucho al de la reina, por la grandeza moral y por los principios. Sólo puede admitirse entre ellas un paralelo a la hora de la muerte, que no en su vida.

El alma de la republicana abierta a todas las irradiaciones del pensamiento, a todos los goces del apostolado y a todas las amarguras del patriotismo, reflejaba en su centro todo un mundo también de sensaciones para la otra, Vivía en las alturas donde se forja el rayo. Electrizada por las doctrinas, tendía más a perderse en las nebulosidades del idealismo, que a gravitar con su cuerpo sobre la tierra. Tenía, en fin, algo de divino en su personalidad, buscando al clarear de las tempestuosas nubes amontonadas por ella misma, la perfección de lo humano hasta lo imposible.

Tan noble figura -doloroso es confesarlo- no habría tenido digno teatro en América.

Aquí, donde la inteligencia ha derramado sus dones sobre el bello sexo a competencia con la hermosura; aquí en nuestra América española, donde las virtudes femeninas desarrolladas de una manera tan espontánea, como la resina odorífera de sus bosques; aquí donde el heroísmo también ofrece ejemplares como Policarpa Salavarrieta y María de Vellido, no existe, sin embargo, un medio ambiente social que sea aparente aún, al desenvolvimiento de caracteres como el de Madame Roland, tipo sublime entre los sublimes, y que debió la mitad de su valer efectivo a los hombres de concepto que la rodeaban.

A despecho de nuestra civilización, la mujer sudamericana es la esclava recién manumisa que ensaya sus primeros pasos en el terreno de

la literatura, donde felizmente ha cosechado ya grandes triunfos precursores de otros de más valía con el transcurso del tiempo. Ella no puede aún aventurarse en el campo especulativo sin la obligada compañía de un hombre; ella en el aislamiento, no encuentra ni siquiera respeto fuera de su hogar, pues le acechan por una parte la brutalidad callejera y por otra la murmuración social, cuando no las feroces dentelladas de la calumnia. Para llevar al poder una idea, aunque sea la más pura y desinteresada, se expone al miserable tratamiento de favorita. No tiene, en una palabra, la culta, racional independencia que la mujer de Europa o de Norte América, y sus ímpetus generosos, mal comprendidos ante los ojos del vulgo, la empuñan

Habría quizá en América escapado Madame Roland a la guillotina, pero no a que desconocieran sus méritos los mismos por cuyo bien se sacrificara. La tragedia de su muerte, tal vez se hubiera evitado por conmiseración o cobardía de los tiranos, pero su figura grandiosa permanecería en cambio sin pedestal, se confundiría al cabo entre tantos ídolos grotescos de palo que llenan las pagodas republicanas de Sud América.

Las víctimas del doctrinarismo puro, merecennos mayor simpatía que las demás, por lo que tienen de extraordinarias en un mundo cada día menos sensible a las sublimidades del corazón. Los fanáticos doctrinarios, cuando perecen como Madame Roland, dejan en pos de sí una nota vibrante de desconsuelo; hacen desconfiar a los espíritus débiles de la realización de los fines más elevados e introducen el desorden en las ideas.

Pocos son los que ante la imagen del sacrificio no retroceden, y el crimen triunfante tiene también su moral ejemplarizadora para los buenos apocados que se mantienen eternamente en el campo de las teorías.

No quiero ofrecer a las mujeres en Madame Roland, un personaje digno, en lo absoluto, de imitación, porque ya lo he dicho, tal cosa sería salvar voluntariamente la línea separatista que les trazó la naturaleza; pero lo que pretendo sí, por la contemplación de aquella, es levantar el espíritu del bello sexo hacia los ideales del humanismo.

Sin pertenecer a sociedades políticas ni clubs revolucionarios, es dable a la mujer en cualquier condición que se halle, trabajar por el fomento de las ideas provechosas al género humano. Para esto como

para nada se demandan la meditación y el estudio, siendo un axioma que el mayor nivel intelectual alcanzado por la mujer será siempre en positivo beneficio de la sociedad a que pertenezca.

Nutrido el cerebro femenino de conocimientos útiles y nociones generales en armonía con el progreso, ¿será posible al hombre, aunque se mantenga por su desgracia ignorante, no encontrar algo de lo que le falta en el consejo de su hermana, madre, o esposa?

¿A quién concede más el hombre en el mundo que a la mujer? ¿Quién está como ella en el caso de auxiliarle y hasta de exigirle el cumplimiento de sus deberes? Monstruos, verdaderos monstruos han inclinado la cabeza ante el mandato de una débil mujer, y júzguese de la influencia que tendrán mañana en los humanos negocios las personas más instruidas de nuestro sexo por el sólo valer que obtuvo Madame Roland con los girondinos, sin poner a escote, como las intrigantes vulgares, el bien codiciado de su hermosura.

Que una mujer así nada tiene de común con las de su sexo, es un error muy vulgarizado y que merece combatirse con la razón.

En efecto, la piedad, el sentimiento caritativo es la nota dominante en el carácter de la mujer. Nadie podrá negar, sin embargo, que esa piedad arrastra al ejercicio del bien, de muy diferentes modos a la mujer, Y que, a medida que aumentan sus facultades, aumenta el radio de su acción benéfica por el mundo. Los males que afligen a la humanidad serán siempre más lamentados por el sexo débil que por el fuerte. ¿Qué tiene, pues, de extraño que las desgracias inveteradas no solo de una familia sino de un pueblo, sublevaran el corazón de Madame Roland, hasta el punto de mezclarse en las filas de la revolución, pidiendo para su querida Francia el advenimiento de la libertad y de la justicia?

Nunca fue más mujer esta víctima ilustre que sacrificando su nombre, su reposo, su misma felicidad doméstica, a la incipiente democracia de 1789. Ardía en amor purísimo por el pueblo, y al escalar el patíbulo al lado de los girondinos en 1793, tiene derecho a que se le considere en el pináculo de la gloria. Ella derramó su sangre por el bien de los oprimidos; ella no satisfizo pasión ninguna, aunque la sintiera, y el mundo que contemple admirado a las Eloísas y a las Julietas debe colocar a Madame Roland en un puesto más elevado, porque ésta no fue

heroína de amores como las otras, porque joven y bella se remontó la cumbre de las doctrinas, porque nacida al fin para amar como todas las mujeres -y aquí está su grandeza- no conoció el martirio por ningún hombre, sino por amor a la humanidad.

Luis Bossano, *Perfil de Marietta de Veintemilla* Editorial CCE, Quito, 1956



Marietta de Veintemilla